

grina la obra. A esta riqueza acompaña mucha pedrería de diamantes, esmeraldas, rubies, y otras de grande precio: alhajas de plata para el culto Divino: y varias preseas, que fuera largo inventariar.

Después de aver tributado mi reconocimiento los elogios, que me dictò la devocion à nuestra Avogada, y Patrona MARIA Santísima, à quien adoramos en su Copia, à quien debo yo por los cargos propios de mi empleo convertir mis atenciones sino à vos, mui Ilustre Nobilísima Ciudad, que en vuestro prudente, piadoso, y pronto Ayuntamiento pusisteis un monte de piedad, para que como otro Sabio Licurgo, tomassedes las providencias que necesitaba para remediar los estragos comunes, que por justos Juycios de Dios, padecía el nobilísimo Cuerpo de que sois meritísima Cabeza. Y fuè assi, que sin reparar en gastos en estos dias de tribulacion, à talega abierta vuestro cuydado fuè dar de comer à los hambrientos, vestir à los desnudos, dar posada al que perdió su pobre chofa: y reforzar los dos Conventos de S. Pedro de Alcantara, y nuestra Señora de Bethlen. Y aunque por todos títulos yo soy el que debo daros las gracias por estos garvosos beneficios: no, no quiero darlas, sino solamente mostraros la moneda, que en el cuño de vuestro banco fabricò vuestra christiana generosidad: y en que gravò el Cielo este epigraphe: *Las obras de Misericordia, que exerció este ilustre Ayuntamiento en la inundacion de Guanajuato, las tiene Dios escritas en el libro de la vida.* Y si os habla lengua

divina, sería indecoroso à vuestra piedad, que se empeñasse la mia en alabanzas vuestras.

§, XXI.

Si el año de setecientos y sesenta con la inundacion de Guanajuato tuvo el P. Coromina mucha materia en que emplear su zelo, fuè mucho mas lo que trabajò el de sesenta y dos en que enviò Dios una universal epidemia por todo el Reyno, espada que cegó muchas vidas, llenando de cadaveres las casas, y desolando muchos Lugares. Para explicar la fuerza con que embistió à este mi Partido, basta decir, que aun con la providencia de tener yo nueve Ministros expeditos, sin el que reside en el monte de S. Nicolás, y el que està en la Mina de Serena: y con el auxilio de los RR. PP. Descalzos del Convento de S. Pedro de Alcantara: de los Religiosos del Hospicio de la Merced, y de los Clerigos Capellanes de varias Iglesias, no se podia dar abasto à la muchedumbre de enfermos, que necesitaba del socorro de los Santos Sacramentos por su peligro. Hice por mera curiosidad el computo de las confesiones, que entre tantos Operarios diariamente se hacian, y passaba su numero de quatrocientas, y de docientos el de los Viaticos, que se administraban: siendo el de los muertos ya treinta, ya treinta y cinco, ya de quarenta, y mas cada dia: los que juntos abordaron à tres mil. Y aunque en esta general plaga todos los Confesores que avia en la Comarca, trabajaron gloriosamente:

con todo el P. Ignacio Coromina capitaneando á los demás Padres de su Colegio, pudo decir con el Apóstol: *Plus omnibus laboravi*: que sin reparar en el riesgo de su vida se sacrificaba con sus Subditos al espiritual subsidio de sus Proximos. Con efecto el angelical P. Pedro Borrote murió en la demanda, herido del común contagio, y el P. Rector con otros dos Padres, aviendo contrahido la maligna fiebre que corria, del comercio con los caídos, llegaron á tocar las puertas de la muerte todos tres, gozofos de ofrecerse á Dios víctimas en las aras de la charidad.

Los primeros que sintieron el azote divino fueron los niños: quienes desde los fines del año sesenta y uno comenzaron á ser invadidos de las viruelas, siendo poquíssimos los que salieron libres de su furor, y aunque este accidente por lo común no trae especial peligro: empero la ruina que hizo en la Comarca fué mucha, así por el deseuído, como por la pobreza de los Vecinos, que ni alcanzaba modo de abrigar sus enfermos, ni tenían con que costear las medicinas necesarias para curarlos. No podrè decir á punto fixo quantos fueron los parvulos que passaron al Cielo de este contagio, pero puede colegirse de lo populoso que es la feligresía, compuesta por la mayor parte de miserable plebe. A este tiempo quando estaba mas embravecida esta epidemia, comenzamos á tener lastimosas noticias de mayores estragos en la Capital de Mexico, y sus contornos por otro contagio, que los abrazaba, repeti-

cion

cion de aquel que el año setecientos treinta y siete affligió á todo el Reyno, y los Naturales en su Mexicano Idioma arbitrariamente llamaron *Matlazahuatl*. Los synthomas en que prorrumpla el accidente eran mysteriosos, porque eran hemorragias por los varios conductos del cuerpo: á que se seguia la crisis ò de muerte, ò de vida: porque la efusion de sangre, que para unos era el ultimo esfuerzo de la naturaleza vencida, para otros era triumpho del interior enemigo, que arrojado fuera, dexaba de insultar contra el cuerpo. Azorada esta Ciudad con tan funestas voces, para desarmar á la Justicia del Cielo, que la amenazaba con semejante castigo, apeló con sus plegarias al Tribunal de las Misericordias. Hizo sus Novenarios, siendo el principal el de Nra. Sra. de Guanajuato, en que los Padres de la Compañia predicaron eloquentes Sermones exhortativos á penitencia. Salíó de su Gabinete esta Sagrada Imagen en devota procesion por las calles, formada de numeroso pueblo, que esperaba por interposicion de la gran Señora su seguridad en la temida borrazca, que ya á toda prisa se iba acercando á Guanajuato.

Entró por último á la Ciudad el contagio con tanta furia, que desde sus principios fueron tantos los enfermos, que para ministrarles el Santo Sacramento fué necesario dar extraordinarias providencias. Mui de mañana, así en el Curato, como en el Colegio ya esperaba multitud de hombres, que á gritos pedian Confesores para sus enfermos, Salían estos con treinta, ò al menos

menos con veinte guias para varios parajes: à las que se agregaban otras, que en el intermedio camino ocurrían con la misma demanda. A todas satisfacía el zelo de los Padres, no volviendo à Casa hasta la una del dia, y à la tarde hasta muy entrada la noche, por no dexar desconsolado à alguno de los que avian llamado Padre, que los confesara. Para acudir mas prontamente à tantos llamamientos, el medio que se tomó fue q̄ (executandolo treinta, ò quarenta guias, que venían de los cerros, y cañadas distantes) el Padre las remitía à la Iglesia de Nra. Sra. extramuros de la Ciudad, para que allí le aguardassen; montaba à caballo, y para que de una vez lograsen los dolientes todos los auxilios de la Santa Iglesia, llevando consigo la Ampolla de Santo Oleo, fabricaba del Sagrario quarenta ò mas formas. Y así aviendo confesado al enfermo, le administraba tanto el Viatico, como la Extrema Uncion: teniendo yo el consuelo de que à todos, Indios, Operarios de minas, y demás gente desvalida, se les socorriese en tan peligroso estado con todos los Sacramentos. Todos los Padres de este Colegio observaron el mismo methodo, teniendo para la menos incomoda asistencia de tantos enfermos cinco caballos prevenidos: con los que se ganaba tiempo para el mas pronto expediente del ministerio. Ni era menor la necesidad corporal que padecían los enfermos sin tener en sus chofas abrigo, ni alimentos, ni medicinas. Su recurso era el Hospital de Bethlen: pero aviendo se llenado su buque, no eran pocos los enfermos,

mos, que se quedaban sin lugar. Lo que considerado por los Señores Capitulares, se hizo Junta en las Casas de su Ayuntamiento, à su citacion, de los Prelados Religiosos, Mineros ricos, y Personas principales para arbitrar medios con que ocurrir à necesidad tan extrema, en que obliga baxo de culpa grave el precepto de la charidad. De este Cabildo salió, que se ampliase el Hospital de Bethlen con dos capaces salones: lo que prontamente se executó: y que para las mugeres se solicitase casa suficiente en que recogerlas. Decirlo, y hacerlo todo fuè uno: y para la manutencion en un todo de ambos albergues se ofreció la generosa piedad Guanajuatense à concurrir con semanarias limosnas el tiempo todo que durasse el aprieto, prometiéndole cada uno el tanto que podía soportar su hacienda. La limosna que se hizo mas laudable fuè la que por su parte propuso el P. Rector Coromina, y por la de su Colegio: esta se reduxo à decir, que todos los Padres estaban determinados à mantenerse con solo el puchero, que vulgarmente llaman olla, cediendo à los Hospitales el importe de un ante, y postre, que ministra la Religion à sus Alumnos diariamente en el Refitorio: que viene à ser la mitad de la comida: à que se añaden las frezadas, saleas, y otras limosnas, que en abundancia repartían el P. Rector, y sus Subditos por todas partes: obra verdaderamente de una eximia charidad, qual era quitarse el vocado de la voca para beneficiar al necesitado en su extremo peligro.

Querer ahora referir por menor, la prontitud, las fatigas, y ansias con que el P. Rector Ignacio Coromina se aplicaba á estos trabajosos ministerios, sería un empeño tan imposible como contrar las estrellas del firmamento. Solamente Dios, que en el libro de la vida los tiene escritos, podrá comprehender los passos que dió en su servicio este su fiel Siervo. Yo me contentaré con vos quejar tan heroicos trabajos, poniendo por testigos los Barrios, Calles, y Plazas de esta Ciudad: á los Cerros mas lexanos, á las Cañadas mas ocultas, á las Chofas mas viles, á los Pobres mas desamparados, á las Sendas mas escabrosas, edificadas todos de sus correrias, y admirados de su incansable zelo: pues quando otros usaban de caballeria para algun alivio de su tarèa, el P. Coromina ligero como un Rayo, iba, y venia á pie por todos los Lugares que le demarcò su Apostolado, imprimiendo hermosas huellas en el suelo que pisaba su planta, regando con el sudor de su rostro los peñascos que vencía su fervor, y llenando de suspiros aquellos paramos: cuyos ecos vuelven todavìa sus quebradas. No avia para este Apostolico Varon estorbo que le retardara sus empresas, ni el Sol, ni el viento, ni el agua, ni el cansancio, ni la precisa necesidad de alimentar el cuerpo. Salía de su Colegio á todas horas: á la de comer, á la de reposar, á la de dormir, en el mayor bochorno del día, en lo mas destemplado del tiempo, y en la fuerza de las lluvias, abandonando su salud, y su vida por atender á la eterna de sus Proximos. Como el Padre no era de

mar-

marinol, y los trabajos de su empleo eran excesivos, por ultimo llegó á indisponerse su nativo temperamento, y por consiguiente á inficionarse la sangre con los efluvios que despedían de sus cuerpos los contagiados, y anhélito que exhalaban sus vocas: los que como recibía inmediatamente el P. Coromina, fácilmente contraxo el mal comun, con tanto rigor, que hubo de rendirse al lecho, sin esperanza cierta de su convalecencia. Pero con el favor divino se levantò, y sin querer escarmentar de su peligro, volvió con mas valentia á la palestra de sus ministerios. Volvió, sí, pero segunda vez mal herido de la misma epidemia á la cama: la conturbacion de los Padres fuè imponderable por temer con mucho fundamento que la recaída fuesse irremediable, empero al P. Rector solamente afligia la impossibilidad de ayudar á sus hermanos, en tiempo que el contagio embravecido iba haciendo cada dia mayores estragos, y los Proximos necesitaban mas auxilios. Dióse el Señor por bien servido de la resignacion, y deseos de rendir el ultimo aliento en la Campaña, como buen Soldado que vió en su fiel Operario, y como que le dixera: *Surge, & ambula*, mas por Voluntad Divina, que por la energia de los medicamentos que se le aplicaron, recuperò el P. Coromina la salud, vuelto de muerte á vida.

En todo el tiempo de su decubito fue un exemplar de paciencia, recibiendo aquel golpe como venido de la mano del Señor, y disponiendose fervoroso para la partida con el exercicio de las virtudes. Pedía que-

S

darfe

darle solo para hablar con su Dios, arrojando al Cielo ardientes Jaculatorias del Corazon, repitiendo emistichios de la Escritura, y afinando en ellos sus afectos, Quien es, Señor, el hombre (decia) para que de él te acuerdes? *Quid est homo quod memor es ejus?* Sepan las Gentes, que son hombres: *Sciant gentes, quoniam homines sunt:* y otros muchos, que sería largo referir. A los que venian á visitarlo de fuera, daba santos consejos, oportunos defengaños, y lecciones para su bien espiritual: desuerte, que mas parecia fervoroso Predicador puesto en un Palpito, que lastimero doliente postrado en una cama. Este exercicio mismo continuaba en sus delirios, que eran intermitentes: y en uno de sus intersticios pidió para su mayor consuelo, que se le traxesse al Apósito un choro de bien concertada musica con todos los instrumentos conducentes á su mayor harmonia. Luego á la tarde los que componen la Capilla de la Parrochial, por el afecto que tenian al Padre, vinieron á ser llamado. Hizo figurar en una mesa, que allí estaba prevenida, una tumba con un Santo Crucifixo en su medio, y suplicó á los Cantores le entonasen el nocturno acostumbrado de los funerales: estos, por dar gusto al enfermo, cantaron con toda solemnidad el oficio de difuntos, que oía el P. Coromina bañado en lagrymas, y que concluido, cantó el responso en su propia persona, con admiracion de los asistentes á tan inusitada, y tierna funcion.

Al fin fué voluntad del Señor, que sanara el Padre,

dre, quien á pocos dias, aun no bien convallecido, comenzó á decir Misa, confessar dentro de casa, y salir fuera á sus interrumpidas excusiones. Prosiguió todavia la epidemia por algunos meses, y el P. Coromina no cediendo al trabajo, sin afloxar en su distribucion religiosa, era el primero que acudia al socorro de los enfermos, como lo practicaba antes de su caída.

§. XXII.

Entre las ciencias, que con su estudio adquirió el P. Ignacio Coromina, y con que enriqueció á su entendimiento, una fué la exquisita, y verdaderamente sublime de la Mathematica: aunque por mas conforme á su genio laborioso, se aplicó al tanto subalterno de la Arquitectura civil: en que juntando la Practica á la Theorica se hizo insigne Architecto. En la Ciudad de Vique lo mostró sobradamente, monteando, dirigiendo, y sobrestanteando desde los cimientos hasta las techumbres una Casa de Exercicios, que concluida se juzgó una de las mejores Fabricas de aquella Ciudad. En esta de Guajuato siendo ya en el tiempo de su rectorado necesario fabricar Colegio, y vivienda para los Padres Misioneros, que fundó D. Pedro Retaña; lució el P. Coromina la viveza de su phantasia, y primores de su arte, ballando modo de dilatar el plano en que se avia de assentar la obra, empresa verdaderamente ardua, porque el sitio que avia era estrecho, y estorbaban su extension las peñas del fragoso cerro, que lo repechaban.